



LECTURAS PARA UN VOTO HISTÓRICO

Una serie de ensayos dibuja
el panorama de Estados
Unidos antes de unas
elecciones trascendentales

Ilustración: Setanta

“Es mentira que las ideologías lo determinen todo”

Arturo Pérez-Reverte ambienta
en la Guerra Civil su nueva novela,
Falcó, la historia de un espía amoral



Foto: Uly Martín

Arturo Pérez-Reverte

“Mi compromiso es con la narrativa, no con el lector”

El autor de *El pintor de batallas* y *Hombres buenos* vuelve a la acción con *Falcó*, embrión de una saga protagonizada por un tipo amoral. Ambientada en la Guerra Civil, es una novela de espías. Por Juan Cruz

ARTURO PÉREZ-REVERTE, el autor de *La piel del tambor* o *La reina del sur*, le gusta el calificativo revertiano para referirse a obras como esas, donde la intriga novelística está mezclada con el espionaje, de cualquier tipo, o la violencia, sea ésta callejera, religiosa o mafiosa. A veces se ha escapado de ese adjetivo y de ese tono, que también subyace en su famosa saga de *El capitán Alatriste*, como en la muy melancólica *El pintor de batallas* o en *El tango de la Guardia Vieja* y *Hombres buenos*, en las que asume una voz más madura, más distante de aquellas trifulcas marineras o religiosas de algunas de sus novelas más famosas, y escribe como si estuviera navegando, pausadamente. Esta vez ha escrito una novela de intriga y acción, que sucede en un periodo muy difícil de convertir en ficción, el inicio de la guerra civil española, cuando Franco aspiraba a tener el poder él solo y persistía encarcelada en Alicante la sombra de José Antonio Primo de Rivera. Esa presencia-ausencia del líder de Falange y la posibilidad (que él recrea como ficción pero que en la realidad se vivió) de que fuera finalmente liberado el líder de Falange no resulta tan decisiva en el libro como el cinismo que domina la acción de los intervinientes en la trama.

Esta novela última, *Falcó*, tiene el aire de convertirse en el principio de otra saga; el espía todoterreno que la protagoniza, que se llama así, Falcó, es mucho menos humano que Alatriste. Falcó es un amoral, cayó en el lado de Franco, pero pudo haber caído de cualquier lado. Ese sitio amoral de las guerras es un terreno que acoge a Falcó con los brazos abiertos. Y de ese recordo oscuro de aquellos caminos bélicos trata la ficción revertiana. De ella habla Arturo Pérez-Reverte (Cartagena, 1951), que fue periodista de acción y que ahora libra en la Real Academia batallas que ya son públicas. Al final de la conversación le preguntamos si quería referirse a ellas. “Eso no viene a cuento aquí. Yo respeto muchísimo la Academia”.

PREGUNTA. Parece el principio de una saga...

RESPUESTA. Lo parece. En *El tango de la Guardia Vieja* me quedaron en la cabeza flecos por resolver, me dije que había una novela y me puse a trabajar en ella. Vi que había un canon que la definía, un tipo de diálogos; que no era como las otras. Y mientras escribía me di cuenta de que disfrutaba con este modelo de escritura, y era una pena cerrarlo. Así que hay puertas abiertas para poder seguir con Falcó.

P. Tanto en *El pintor de batallas* como en *El tango de la Guardia Vieja* hay un aliento emocional que aquí desaparece...

R. Cada novela tiene sus exigencias. No puedes escribir *El duelo* de Conrad como si escribieras *Guerra y paz*, de Tolstói. Una

novela de espionaje, de acción, de violencia, de pasiones no puede tener un desarrollo muy lento, porque aburre al lector y lo saca del tema. Esta novela me exigía contención, limpieza, descripciones mínimas y eficaces, diálogos mucho más cortados y picados, y una velocidad narrativa muy superior a las de otras novelas.

P. ¿Y cómo afecta eso a la vocación literaria que subyace, por ejemplo, en *El pintor de batallas*?

R. No le afecta porque soy un escritor profesional, llevo 20 años en este oficio, mi trabajo lo conozco razonablemente bien. Cuando me planteo un libro, antes veo cómo lo voy a contar. Cuando se me ocurre *Hombres buenos*, *El pintor de batallas* o esta novela no me digo: “Voy a ver cómo me sale el impulso creativo, qué bien, qué emoción”. No, no. Durante meses reflexiono

serenamente lo más que puedo, fríamente, estructuro la historia para contar eficazmente la novela. Cada novela tiene un canon. Puedes ser el más chulo del mundo, pero hay algo que se llama humildad profesional. Cuando trabajas no eres tú quien se impone en la novela, es la novela la que te dice cómo quiere que la escribas.

P. ¿A qué obliga hoy una novela que ocurre en la Guerra Civil?

R. Una precisión importante: no es una novela sobre la Guerra Civil. Está de fondo. Es una novela de espías, de personajes. Mi objetivo no es explicar la Guerra Civil, ni juzgarla, ni enjuiciarla. Describo un telón de fondo para mover a mis personajes. Como España es un país conflictivo parece que haya que abordarlo siempre con un compromiso moral previo: esto es bueno, esto es malo. Pero esta novela no

tiene ese objeto. Yo no quiero contar la Guerra Civil, yo no quiero que el lector la entienda, mi compromiso es con la narrativa, no con el lector.

P. Pero ahí está el conflicto: una guerra de la que aún hay rescoldos.

R. Hay muchas formas de abordar una guerra civil. Una es la ideológica, los buenos y los malos. En esta guerra es evidente quiénes son los buenos, los republicanos, y los malos son los rebeldes, nadie lo discute. Pero en el ámbito de trinchera, de individuo, el azar, la vida, los intereses, las ambiciones aparecen mucho más grises. Y otra cosa importantísima: a mí no me han contado la Guerra Civil. Yo he vivido siete guerras civiles, las he visto, no las conozco por los libros o por los telediarios. Las conozco porque yo hacía los telediarios. Sé que cuando te acercas al paisaje todo es mucho

Un agente secreto contra todos

El autor urde una trama ficticia sobre la liberación de Primo de Rivera a través de un oscuro héroe, enemigo de rojos y azules

Por Justo Navarro

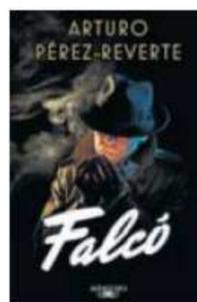
A LORENZO FALCÓ, DE 37 años, supuesto hombre de negocios para unos y teniente de la Armada para otros, su jefe en los servicios secretos franquistas lo define como “hampón elegante”. El héroe de Falcó, nacido en una familia de vinateros andaluces, tiene cara de feliz ídolo de película, aunque “un rictus de dureza cruel” le enturbie a veces el gesto. Se ha curtido en “años de tensión, mentiras y violencia” que le han dejado cicatrices de cuchillo y metralla, la fisonomía fantástica de los héroes de la imaginación popular. No le faltan méritos: en su juventud fue expulsado con deshonor de la Academia Naval por un escándalo con la esposa de un mando, y por un asunto parecido echaron de Eton a James Bond, que luego también serviría en la Marina. Es el nuevo personaje de Arturo Pérez-Reverte.

Traficante de armas internacional, captado en Estambul por la Inteligencia de la República Española, en Falcó lo encontramos en el franquista SNIO, Servicio Nacional de Información y Operaciones, especializado en infiltración, sabotaje y asesinatos. Estamos en el otoño de 1936. Falcó recibe la misión de introducirse en la zona roja, preparar desde Cartagena el asalto a una fortaleza, la cárcel de Alicante, y liberar a un ilustre prisionero, José Antonio Primo de Rivera. Parece una novela de Alistair MacLean. El cañoneo del puerto por el acorazado *Deutschland* cubrirá el desembarco del comando falangista que ejecutará el

golpe de mano antes de huir en otro de los barcos de Hitler. El plan es perfecto. Pérez-Reverte avisa en la primera página de que la trama es imaginaria, “aunque documentada en hechos reales”.

Falcó tiene el gusto del reencuentro con grandes arquetipos de la ficción literaria y cinematográfica, de los tebeos y los videojuegos: la misión imposible, los espías, el héroe brutal y encantador; la heroína exótica, que, mientras la aviación nacional bombardea Cartagena, dice: “La guerra es todo un espectáculo”. Quizá el público lector adivine el desenlace de alguno de los episodios de la historia, el del traidor infiltrado en el comando, por ejemplo, pero no creo que a Pérez-Reverte le preocupe esa posibilidad, que forma parte del disfrute de un público ávido de saber qué le reserva la página siguiente. Falcó es literatura pop: asimila lo esperado y lo inesperado, marcas de colonias y de pistolas, sexo y tortura, personalidades históricas y criaturas de fábula, todas a merced de un caudillo omnipotente en su cuartel general del palacio episcopal de Salamanca. “El cine de gánsteres de Hollywood daba buenas ideas”, medita el narrador ante el escenario de un interrogatorio. El propio mundo mitológico y moral de Arturo Pérez-Reverte participa como pieza, ya canónica, reciclada en la construcción de Falcó.

Víctima de migrañas feroces, adicto a la cafiaspirina como Bond combinaba anfetamina y barbitúricos, Falcó no se separa de una cápsula de cianuro, por si hay que quitarse de en medio urgentemente. Su humor, como el de otros héroes oscuros de novela criminal, mezcla desesperación fatalista y placer de vivir. El rasgo más personal de su carácter es ético: divide a los individuos en valientes y cobardes, más allá de otras distinciones morales. “El valor hermana a la gente por encima de ideologías”, dice un falangista, clandestino entre republicanos, mientras juega con Falcó al billar bajo las bombas, sin inmutarse. Pero en la guerra de Falcó “los bandos estaban perfectamente claros: de una parte él, y de la otra todos los demás”. Falcó pelea contra rojos y contra azules, según se tercie o le demanden sus principios, estrictamente suyos, y mata por igual a valientes y a cobardes. Héroe en tiempos pasados, es muy de hoy. Volverá. •



Falcó
Arturo Pérez-Reverte
Alfaguara
Barcelona, 2016
294 páginas
19,90 euros



Arturo Pérez-Reverte, a principios de octubre en Madrid. Foto: Uly Martín

más difuso. Sabes de antemano quiénes son los buenos y los malos, pero cuando los ves de cerca hay mil matices, mil ideas.

P. ¿Y quién es Falcó?

R. Es un tipo amoral, sin escrúpulos, sin ideología; es un mercenario de sí mismo, un golfo, un vividor, un mujeriego, un asesino. También encantador, guapo, simpático, elegante. Me permito el lujo de no darle una ideología, de hacerlo un oportunista.

P. Quizá por eso es el espía que vino de fuera...

R. Sí, vino de Suiza para no contaminarlo con la cutrez de buenos y malos, de la vieja barricada española. Un hombre viajado, de mundo; no es un cateto marcado por ideologías brutales o por ideologías radicales, que lo presentaría como un personaje que toma posturas violentas frente a las cosas. Y no se deja engañar por el discurso dominante de la época, ni por los nacionales ni por los republicanos.

P. Su jefe le dice que se han salvado

unos militares de su bando, y Falcó pregunta: “¿Y estamos a favor o en contra?”.

R. Eso define perfectamente al personaje. Pero no es un invento literario, hay mucha gente así. Creemos que cuando hay guerras civiles y grandes conflictos la gente toma partido ideológico. Pero son muy pocos. La mayor parte está ahí porque su familia está ahí, porque su hermano ha sido fusilado, porque han caído en ese bando, por simpatía, por amor... A la gente no la mueve sólo las ideologías.

P. ¿Qué la mueve?

R. En España, este país enfermo históricamente, creemos que las ideologías lo determinan todo, y es mentira. Fue republicano, pero no sabemos por qué lo fue. A lo mejor no fue por la ideología. O se dice que un abuelo fue nacional, o falangista, pues a lo mejor fue porque cayó en ese bando. O a lo mejor tu abuelo, héroe nacional o héroe republicano, al que tanto admiras, no estuvo en el frente, a lo mejor estuvo fusilando

gente y robando. Porque alguien tuvo que hacerlo. ¿O es que todos eran héroes?

P. ¿Le ha preocupado esa dicotomía de buenos y malos a lo largo de la escritura?

R. No. Tengo una ventaja moral, personal: la violencia, el dolor, el horror, la soledad, las noches oscuras, los cruces de fronteras no me los han contado, los he vivido. Cuando tienes en la mochila todo eso te importa un carajo la interpretación. Que lean mejor, que se fijen cuando lean. No me preocupa... En esta novela todo ocurre en la oscuridad o en la penumbra. Y es que no era lo mismo 1936 que 2016. Entonces no había luz, ahora das a un interruptor y se enciende. He querido que el lector vea el mundo en esa penumbra, de claroscuros.

P. En un momento de la novela se acata una condena por traición. Esa violencia entre iguales o afectos es mucho más dura que entre los enemigos...

R. No pretendo explicarlo, pero esa es la condición humana.

“Cuando trabajas no eres tú quien se impone en la novela, es la novela la que te dice cómo quiere que la escribas”

“Tengo una ventaja moral, personal: la violencia, el dolor, el horror, la soledad no me los han contado, los he vivido”

P. De todos modos, hay un punto de partida, el 18 de julio de 1936 y lo que pasa enseguida...

R. Indiscutiblemente. Existe una asociación de militares contra la República y una barbaridad, la de los nacionales que con el terror y la violencia quieren aplastar la resistencia. Y la de los otros, que por miedo a los nacionales, por necesidad de limpieza interior, por rencor y porque la condición humana es infame, también se entregan a barbaridades. Solamente que en un bando la barbaridad dura tres años y en el otro dura cuarenta. Evidentemente los daños fueron enormes, mucho más de un bando que de otro. Y las consecuencias, claro.

P. ¿En qué se notan las consecuencias, aún hoy?

R. En “el que no está conmigo está contra mí”, en esa especie de vileza que supone querer al enemigo vencido, exterminado. Y eso es la Guerra Civil; parece que lo inventó Franco en 1936, y está ahí desde el Concilio de Trento y aún antes.

P. El personaje es un cínico en un mundo de cínicos. ¿Hay flores en las grietas, se salva algún sentimiento en esa dicotomía? ¿Todo es cinismo en una guerra?

R. No. Hay dignidad. Y justamente en esta novela hay gente con dignidad, en los dos bandos. La dignidad no conoce bandos. La dignidad personal no es ideológica.

P. ¿Y el perdón tampoco?

R. Todo. Las virtudes son personales, no hay virtudes colectivas. Es algo de la civilización cristiana que inventaron los curas.

P. José Antonio es un fantasma en la novela, pero tiene encarnadura en la guerra. ¿Qué protagoniza él?

R. No protagoniza nada, al contrario... Es su ausencia, paradójicamente, lo que cuenta, no su presencia. Esa ausencia condiciona la Guerra Civil. Este es el detalle interesante, pero en la novela, como personaje, José Antonio me importa un pimiento... Y lo que me ha importado es lo bien que me lo he pasado escribiendo *Falcó*.

P. Tampoco triunfa mucho Franco en su novela como personaje...

R. Franco era una mala presencia, traiciona a todo el mundo. Su hermano Nicolás sí está; era el que llevaba los servicios de información, el jefe último de Falcó.

P. ¿Cuáles son las diferencias entre Falcó y Alatraste?

R. Alatraste ha tenido fe y la vida se la ha quitado, pero tiene códigos, lealtades, un canon por el que se guía. Falcó es amoral, carece de códigos. Es un jeta. Alatraste es moralmente salvable, Falcó no. Con Alatraste un profesor enseñó ética durante un año. Con Falcó sería imposible. Yo me iría de copas con Falcó, seríamos amigos; pero si tengo que confiar en alguien la vida de mi gente, ese sería el capitán Alatraste. •